

Tras las huellas de María Teresa Maiorana y Rubén Darío

Martha BURBRIDGE
Universidad Católica Argentina

Resumen: *Rubén Darío publica Azul... en 1889, entre esos relatos figura “La muerte de la emperatriz de la China”. Casi un siglo más tarde, 1987, aparece una novela Beauté chinoise cuyo autor, Jean Hougron, es un escritor francés que vivió muchos años en Indochina y conoce a fondo el arte oriental. Llama la atención la cantidad de puntos de coincidencia entre el cuento y la novela.*

Palabras clave: *porcelana china - arte oriental - compra-venta - remates - celos - venganza.*

Abstract: *Rubén Darío publishes Azul... in 1889, among those texts we find “La muerte de la emperatriz de la China”. A century later, 1987, Jean Hougron, french novelist, presents Beauté chinoise. He lived for long years in Indochina and has a deep knowledge of oriental art. It is amazing to find so many similarities between the tale and the novel.*

Keywords: *china - oriental art - buy and sell - auctions - jealousy - revenge.*

En 1967, María Teresa Maiorana firma un artículo que publica el suplemento cultural del diario “La Nación” el 30 de abril (Maiorana, 2005, pp.91-97). Aborda en él el estudio comparativo de un cuento de Rubén Darío y una poesía de Víctor Hugo, “Le pot cassé”, incluida en *L’Art d’être grand-père*.

El título del estudio de María Teresa, “¡Ha muerto ya para tí la emperatriz de la China!”, podría ser el de una novela policial, sólo leerlo y aparece la intriga. Mas esa exclamación sólo retoma la que Rubén Darío pone en boca del personaje femenino en la anteúltima frase de su cuento, escrito en 1889, titulado “La muerte de la emperatriz de la China” (Darío, 1950, pp. 127-133) y que da cierre a toda la situación del relato.

El novelista francés Jean Hougron publicó en el año 1987, casi cien años más tarde, una novela, *Beauté chinoise*. Leerla trajo a mi memoria ciertos aspectos considerados por

María Teresa en su estudio. Trataremos de analizar lo cierto de esa primera impresión.

Para mejor seguir el desarrollo veremos brevemente el argumento, primero del cuento, y luego de la novela.

“‘La muerte de la emperatriz de la China’ —dice Darío en *Historia de mis libros*— es un cuento ingenuo, de escasa intriga, con algún eco a lo Daudet”.

La intriga escasa se teje alrededor de Recaredo, un joven escultor, artista soñador lo define Darío, quien ha desposado a Suzette hace año y medio. La describe el autor como un pájaro alegre, su mundo se centra en un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente, (no olvidemos que este cuento fue publicado en *Azul...*), verdadera jaula de seda, peluches y encajes. El mundo de Recaredo transcurre en el taller, en profusión de mármoles, yesos, bronce y terracotas; se trata de un joven que ama su arte y se apasiona por la forma. Pero —aclara Darío— sobre todo, una gran afición, japonerías y chinerías. Había leído a los buenos exotistas, adoraba a Loti y a Judith Gautier. En ese taller se acumulan cuchillos, máscaras, estatuillas, monstruos, soldaditos. A ella, todo eso no le gusta nada pues él, en ese lugar, quedaba lejos de ella y del saloncito azul que junto con un mirlo cantor y reidor eran testigos de los enamorados.

Llega una carta del amigo muy querido desde Hong Kong, se ha enterado del casamiento de los jóvenes y les envía un regalo de boda conociendo la afición de su amigo. Abren la caja y encuentran un busto de porcelana, en la base, en tres idiomas, se lee: La emperatriz de la China.

Suzette aprecia el regalo y Recaredo, orgulloso de la nueva pieza, le prepara un gabinete en su ámbito y la rodea de sus tesoros asiáticos. Recaredo la reverencia. La visita hasta veinte veces. Todos los días le acerca flores. Para retirarlo de la contemplación, Suzette, harta de llamarlo se lo llevaba a rastras y besos.

Un día desaparecieron las flores, la autora, Suzette. Por su lado, Recaredo no llegaba a entender el cambio que observaba en ella: aparecía triste, desganada, inapetente. Sufría un ataque de celos. Él la indaga, le va nombrando sus amigas, las mujeres que han posado para él... Cada nombre recibe un no. Entonces, para probar el amor de su marido, ella le pide que le permita vengarse de su rival. A los pocos instantes un gran ruido lo lleva a su taller, allí, bajo los zapatitos de Suzette crujen los trozos de porcelana. “¡Estoy vengada! ¡Ha muerto ya para ti la emperatriz de la China!” (Darío, 1950, p.133) exclama y, a partir de allí, sobreviene la reconciliación.

La novela de Jean Hougron tiene una trama forzosamente más complicada y se anuda en las experiencias de vida del autor. Hougron nació en Colombelle, Calvados, en 1923 y pasó largo tiempo en Indochina. La experiencia de la guerra le proporcionó temas para un ciclo de novelas que se abre con *Tu récolteras la tempête* (1950), la sigue, entre otras, *Je reviendrais à Kandara* (1955) y se cierra con *La terre du barbare* (1958). En obras sucesivas, se inscribe en el nuevo realismo donde la novela abandona la aventura ejemplar para poner ante los ojos de quien lo lee una anécdota impactante. Ubica al lector ante una experien-

cia diferente de la propia, pinta una aventura particular pues lo que el público espera encontrar es una historia dura y dramática. En esa línea se inscriben casi todas las novelas de Hougron, sólo un par son de ciencia ficción. Por orden cronológico aparecieron *Par qui le scandale* (1960), *Le signe du chien* (1961), *L'histoire de Georges Guersant* (1963), *Les humiliés* (1965), *La gueule pleine de dents* (1970), *L'homme de proie* (1974), *L'anti-jeu* (1977), *Le Naguen* (1980), *La chambre* (1982), *Coup de soleil* (1984), *Beauté chinoise* (1987). En 1988 publica los dos volúmenes de *Nuit indochinoise*, colección que encierra sus siete novelas de mayor renombre, y en 1990 retoma el tema que le es más caro con *Les Asiates*. Ha escrito también los guiones de varios de sus libros.

Beauté chinoise es la novela que publica, sin lugar a dudas, un observador realista. Se trata de la historia de un coleccionista de porcelana china, pasión que le sirve para olvidar un pasado doloroso pero que lo pone un día en la pista del asesino de sus padres. Se mezclan en esta novela una investigación policial, una búsqueda tardía de identidad y una pasión por la Belleza.

El personaje central, Esmery, tiene un confidente “je”, hacia el final sabremos que se llama Henri, que tiene lazos con las fuerzas de investigación. Es testigo de los episodios de esa vida complicada y relata o comenta los hechos a medida que se suceden.

Los padres de Esmery han sido colaboracionistas y al terminar la guerra escapan a Vietnam de las iras que se cernían sobre ellos. Allí tienen una plantación de heveas; un día llega un hombre, entra en la casa y mata y mutila a la pareja. El hijo, adolescente solitario, dieciséis años, asiste a la masacre desde lo alto, escondido tras una planta. Al oír que el asesino lo busca, se encierra en un hueco de la escalera y permanece inmóvil hasta muy tarde. El hecho lo marcará para siempre. Retorna a Francia, se aloja en lo de una tía que vive en Caen hasta terminar sus estudios; nunca toca el tema con ella pues el miedo aún lo abruma. Ese terror actúa como motor y le hace escribir guiones de cine, estos le traen riqueza y notoriedad. Se casa con Elisa, muchacha muy linda, pero tonta, de una ciudad del sur de Francia, donde se instalan. Al mes, ella lo deja, pero como espera un hijo vuelve al hogar y la vida en común prosigue durante siete años de total desencuentro; finalmente Esmery se aleja y se instala en París. La vena de escritor ha cesado y descubre su interés por coleccionar porcelana china.

En esas vueltas por ferias y anticuarios conoce a una joven española, Charo, que hace pequeñas ganancias comerciando algunas joyas, pero también gusta de las porcelanas chinas. Este encuentro sucede cuando ha transcurrido una cuarta parte de la novela; promediando la mitad, un día están los dos mirando objetos en la sala de remates Drouot, y Esmery cree ver al asesino de sus padres; aquel terror que lo había paralizado entonces, lo vuelve a dominar. Charo lo observa, se ha puesto blanco. Averigua rápido el nombre, se llama Ferral, y también le dicen que dirige un comercio de exportación en Bangkok.

El haberlo visto le cambia la vida a Esmery, él tan reservado, a quien le sigue dando vueltas en la cabeza lo que no hizo en el momento justo y que mintió ante la policía para no aparecer como cobarde, se encuentra ahora con el asesino de sus padres y no puede

denunciarlo. Charo lo obliga a confesarle todo y también toma la decisión de ir a la ciudad donde vivían para tratar de saber más. Una visita a la tía que vive en Caen les aporta otros datos. El narrador, amigo y confidente, investiga por su lado y descubre rasgos interesantes pero al mismo tiempo poco claros en la vida de Ferral. Mientras tanto, en la cabeza de Esmery se va haciendo lugar un pensamiento, un día mataré a Ferral.

Ese pensamiento no lo aleja de su búsqueda y de su placer por todo lo chino, porcelanas, gres, jades. En sus recorridas por el interior encuentra una colección maravillosa para la cual debe reunir en ocho días trescientos mil francos. Quedan cuarenta y ocho horas para que expire el plazo y les falta más de la mitad de la suma. El amigo se ha ido en viaje de búsqueda de los lugares por donde se había movido Ferral. A Charo se le ocurre que vaya a ver a la tía de Caen. Allá va Esmery, convencido de no obtener nada por el modo en que vive la anciana ya que para mejorar sus ingresos ha dado su casita en renta de vida. Pero la tía, de pronto, se acuerda que en el cofre del banco su hermano guardó oro, resultado de haber ganado una carrera de caballos. Corren a ver, ¡hay cinco lingotes! Esmery tiene ampliamente resuelta la compra donde algunas piezas, al ser vendidas, los resarcirán ampliamente.

Henri no cuenta nada sobre sus investigaciones pero se ha enterado que Ferral sólo compra copias de estatuas recién fabricadas. Y en Tailandia, el Triángulo de oro, territorio del opio y la heroína, no está lejos del taller de su propiedad donde también fabrican copias. Ha llegado, además, a sus manos, un expediente sobre la desaparición misteriosa de la primera mujer de Ferral.

En Sotheby's de Londres Esmery vende un *potiche* único en el mundo, es uno de los objetos de su última compra, y por él obtiene tal suma de dinero que esto le permite a Charo poner un negocio en la rue Saint-Honoré; ella no acepta ser la propietaria y queda a nombre de él.

Esmery, que sostiene a su familia y de vez en cuando la visita, nunca lo pasa bien, siempre acaece algo malo, ya sea debido a su mujer o a sus hijos. En su última visita, luego de una escena bastante violenta, Elisa, que se ha enamorado de un joven tontivano, le propone divorciarse.

Ferral ha ido varias veces al negocio para encontrar a Esmery y le ha dicho a Charo que lo quiere conocer por la exitosa venta del *potiche*. Un día aparece, y luego de alguna pregunta a Charo, se dirige a Esmery pues dice haber conocido a alguien de ese nombre. Se entabla la conversación:

—J'ai connu un Esmery autrefois... [...] —A Saigon? —C'est cela, à Saigon, pendant la guerre d'Indochine. —Peut-être s'agissait-il de mon père? [...] Le garçon que j'ai connu était jeune. Il travaillait, je me souviens, aux Brasseries Réunies. —Mon père avait dépassé la quarantaine. Il dirigeait une plantation d'héveas sur les Terres rouges.

—Alors ce n'était pas lui. (Hougron, 1987, p.280)¹

termina Ferral. En ningún momento deja entrever la menor marca de turbación. Esmery

piensa que debería matarlo allí mismo.

Realiza un nuevo viaje a la ciudad donde nació y se entera de que en una ciudad vecina vive quien acompañaba a Ferral cuando asesinó a sus padres. Lo espera en la calle y le pregunta si le dio dinero a Ferral para la matanza. El otro niega todo, muy agitado.

Los hechos se van complicando. En una venta, Esmery, que ya tiene fama de conocedor, puja por una pieza sabiendo que es una copia para hacer que Ferral lo siga y así se la quede a un precio elevadísimo. Como quien compró va a saber que no vale lo que pagó, Esmery ha logrado asestar un duro golpe al infatuado Ferral.

Volvía Esmery hacia París de una de sus recorridas cuando ve pasar un auto bien identificable, lo conducía el dueño, un baratillero de mala fama y a su lado iba sentado Ferral. Intrigado por la dupla, los sigue hasta un pueblo y ve que bajan una estatua pesada de piedra y entran en una magnífica propiedad frente a la plaza; los recibe el padre del conductor, otro baratillero que había estafado a dos generaciones de coleccionistas. Nunca pudo juntar dos pesos y ahora reside en una propiedad importante, rodeada de césped y flores. Le cuenta a Henri su descubrimiento y el amigo le pregunta si lo vieron. Él cree que no.

Dos días más tarde, al volver Charo y Esmery de una ciudad a donde habían ido a un remate encuentran la puerta del departamento forzada y dentro, todos sus tesoros hechos trizas, todo lo que Esmery más apreciaba y no quería llevar al negocio. Mataré a Ferral es lo único que pronuncia. ¿Y el negocio?, dice Charo. Van corriendo, ponen el auto en el estacionamiento y al bajar, suenan tres tiros. Esmery tira también, una sombra se mueve y oye las pisadas que escapan, corre por las escaleras, cuando sale a la plaza, sólo encuentra niños jugando. El negocio está entero. Vuelven al departamento, le dice a Charo que va a ver a Henri, pero se dirige al domicilio de Ferral pues se ha dado cuenta que los disparos estaban dirigidos a ella. Llama. Unos pasos tenues se acercan, lo examinan por la mirilla, oye un ruido metálico, Esmery grita: —abre, Ferral, abre—, saca el revolver y lo descarga contra la cerradura, se tira contra la puerta pero ésta no cede. Calma su nerviosidad en un bar tomando una copa, y luego va a lo de Henri, le cuenta todo y vuelve a su casa. Henri, que indaga a espaldas del amigo —Esmery se lo prohibía pues quería él solo liquidar a Ferral—, toma el asunto en mano. Manda registrar la propiedad donde Esmery vió bajar la estatua, encuentran droga, meten en prisión a padre e hijo y a algunos más. Ferral se ha escapado a Bangkok luego de los tiros en su puerta, pero los presos lo delatan y parte una orden internacional de arresto contra Ferral. Para impedir que prosiga la indagación, el francés aparece flotando en un canal, un *kelonk*, de los muchos que existen en Bangkok.

La pareja de Esmery y Charo se muda a otro departamento. Reciben en el negocio la

1 —Conocí un Esmery hace años... [...] —¿En Saigón? —Eso es, en Saigón, durante la guerra de Indochina.

—¿Habría sido mi padre? —Era joven el que conocí, trabajaba, recuerdo en las Cervecerías Reunidas. —Mi padre tenía más de cuarenta. Dirigía una plantación de heveas en las Tierras rojas...

—Entonces no era él...

visita de Elisa muy elegante quien anuncia acciones judiciales contra Esmery por incurrir en concubinato, ella es su mujer legítima y como el negocio vale mucho, no habla más de divorcio sino de ser socia; Charo quedará como empleada a sueldo. Esmery la echa a la calle, pero Charo le declara que parte lejos de él y del negocio.

La separación no dura mucho, Charo vuelve al departamento pues no pueden vivir el uno sin el otro. A pesar del abatimiento de Esmery envuelto en todos los líos que le arma Elisa, Charo contraataca, está segura de que Elisa tiene un hombre, la hace seguir y constata el adulterio: esto precipita el divorcio. Para pagar a los abogados venden el negocio, los objetos, y les queda algo de dinero. Esmery se siente, por fin, libre de todo su pasado. Henri les propone prestarles una suma para que instalen un nuevo negocio, pero ninguno de los dos se entusiasma con la idea. Toman una decisión mejor, partirán a hacer el gran tour soñado por Asia: Japón, las dos Chinas, Hong Kong, Singapur. Durante esa larga ausencia, el narrador se pregunta a menudo qué harán al volver, hasta que comprende que los objetos chinos los unirán como a dos ramas importantes de un hermoso árbol.

Hasta aquí lo que ambas obras contienen, pero en forma harto abreviada y empobrecida, pues el cuento es una delicia y la novela presenta reflexiones muy interesantes sobre el arte en general y en particular sobre las artes de Extremo Oriente, que el autor conoce a fondo, y también sobre la psicología humana. Dejaremos a los lectores descubrir todo esto. Nos interesan sólo los detalles que las emparentan.

El hilo conductor en el estudio de María Teresa Maiorana abarca cuatro ejes: Tema central, Descripción, Personajes y Elementos narrativos. Ante un cuento de siete páginas y una novela de más de trescientas, nuestro análisis irá tras palabras o situaciones del cuento que hallan eco amplificado en el texto de Hougron.

Comenzaremos echando una mirada a los personajes. Darío pone frente a Recaredo a una mujer-niña, Suzette, que se entretiene con un mirlo mientras su enamorado esculpe. Hay un amigo que al enviar su regalo de boda introduce la crisis en la pareja, crisis de celos.

El novelista francés compone una obra que encierra tres nudos entrelazados, donde el personaje central, Esmery tiene que resolver su crisis psicológica que ha tenido dos aspectos negativos, el asesinato de sus padres con las consecuencias personales sabidas y su mala elección al casarse. El lado positivo reside en su encuentro con Charo y en su afición de coleccionista. Y sobrevolando todo, está el amigo y confidente que interviene al final para que Ferral, el malo de la película, desaparezca.

Los personajes tienen rasgos en común, tomemos las mujeres: Darío centra la descripción de Suzette en “los ojos inefablemente luminosos” (Darío, 1950, p.128), en otro momento, sus ojos negros relampaguean; Hougron retoma para Elisa, en dos momentos, estos dos calificativos: “ses beaux yeux noirs et brillants” (Hougron, 1987, p.25), “les yeux admirables” (Hougron, 1987, p.29), tanto el brillo, como el relámpago son luz y lo inefable equivale a lo admirable.

Suzette, “muchachita de carne rosada” (Darío, 1950), con sus actitudes infantiles de enamorada, tiene la espontaneidad que caracteriza a Charo, una veinteañera, con “sa voix haute et gaie” (Hougron, 1987, p. 92),² “elle l’amusait” (Hougron, 1987, p.93)³ con sus salidas, por “un reflexe gracieux qu’il avait déjà remarqué” (Hougron, 1987, p.96)⁴ y también sucede que “Elle était si contente que ses yeux de Chinoise étaient réduits à un fil brillant crépitant de fines étincelles” (Hougron, 1987, p.99),⁵ de nuevo el brillo y la luz asociada ahora al fuego.

El nicaragüense pinta así a la enamorada del cuento: “delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja” (Darío, 1950, p.127) y más adelante insiste, “Suzette se llamaba la avecita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes un soñador artista cazador...” (Darío, 1950, p.127).

En la novela, Esmery manifiesta un interés totalmente opuesto respecto de las jóvenes, “...il pensa [...] et pas du tout aux jeunes filles, qui ne l’avaient jamais intéressé et qu’il regardait comme des oiseaux exotiques gracieux et faiblement sexués” (Hougron, 1987, p.101).⁶ En una postura como en la otra, los escritores asocian la joven a un pájaro.

Darío informa al lector sobre la actividad de su héroe con la última frase de la introducción: “¿Dije ya que Recaredo era escultor? Pues si no lo he dicho, sabedlo.” (Darío, 1950, p.128). A este artista de la piedra corresponde un artista de la pluma. En cierto pasaje, Henri le reprocha a su amigo el haber abandonado los estudios cuando estaba a punto de obtener en la universidad el título que habilita para la enseñanza, la *agrégation*. Y prosigue:

Oui, mais à vingt cinq ans tu écris un scénario qui te fait connaître. On te célèbre en France et en Amérique, ton second et ton troisième scénario sont des succès et, cette fois encore, tu traites ta réussite par-dessus la jambe. (Hougron, 1987, p.79).⁷

El paso por la escritura le ha dado renombre y riqueza y por abandonarla, crece en la mujer de Esmery el despecho hacia él, a eso se suma la indiferencia de los hijos que oyen los reproches de ella y las peleas que se suceden, continuas. El clima que vive en su casa lo va encerrando en otro mundo, que él construye poco a poco, el mundo de la porcelana china donde su búsqueda de belleza encuentra un objetivo. También “Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma” (Darío, 1950, p.129) pero, “sobre todo ¡la gran afición! Japonerías y chinerías” (Darío, 1950, p.129) que lo ha convertido en un original, escribe el autor. Vemos pues a ambos artistas interesados por el arte oriental.

Un día, Esmery compra un plato y lo coloca sobre el aparador para mejor mirarlo. Llega Elisa, siempre elegante, y lo recrimina con voz aguda, vulgar, le grita: “Qu’est ce

² ... voz alta y alegre.

³ ...lo divierte...

⁴ ... un reflejo gracioso que había observado...

⁵ Estaba tan contenta que sus ojos de china se habían reducido a una línea brillante donde finas chispas crepitan.

⁶ ...pensó [...] en ningún momento en jóvenes, nunca le interesaron pues las veía como exóticos pájaros graciosos y poco sexuales.

que c'est encore que cette vieillerie? Toujours ta marotte, c'est tous les jours maintenant.” (Hougron, 1987, p.15).⁸ La indignación se refleja en la voz, que en esas ocasiones “... se vrillait, se cassait et partait en mille fragments déchiqueteurs.” (Hougron, 1987, p.15).⁹ Elisa está convencida de que su marido derrocha el dinero, que ya no produce, en esas *chinoiseries*, palabra que ella emplea en tono despectivo. Esmery es el primero en asombrarse por su interés barroco y violento hacia las porcelanas de Extremo Oriente. Es una fijación extraña y exótica. Sus primeras adquisiciones le llenaban los ojos y el corazón y por ningún motivo pensaba separarse de ellas.

En el cuento, Rubén Darío explica que Recaredo “hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos, de Yokohama, de Nagasaki, de Kioto o de Nankín o de Pekín” (Darío, 1950, p.129). Cuando Esmery se instala en París, para obtener dinero trata de dar fin al guión empezado, pero su espíritu está en otra parte y no logra terminarlo, mas debe cumplir con el envío de la pensión a su familia. Ahorra llevando una vida ascética, adelgaza mucho. Este sacrificio preocupa a Henri pues teme por la salud del amigo. Aquí el autor explica el motivo del sacrificio y el método empleado, Darío nos deja en la incógnita.

Señala, más allá, que Recaredo visitaba a la emperatriz hasta veinte veces por día. Esmery se consuela de su vida abriendo las puertas del placard donde guarda sus tesoros:

Il n'exposa pas ses porcelaines, qu'il rangea sur les étagères d'un placard dont il ouvrait parfois les deux battants pour les contempler, ce qui lui arrivait plusieurs fois par jour et quelquefois la nuit quand il avait de l'insomnie. (Hougron, 1987, p.35).¹⁰

La fascinación por esos objetos es compartida, pero Esmery, de tanto mirarlos, llegó a saciarse de ellos, a no maravillarse más, situación que lo empuja hacia nuevas aventuras.

Tenemos pues dos coleccionistas, totalmente atrapados por los objetos bellos que provienen de Asia. Recaredo, en su afán exótico, hubiese querido acceder al conocimiento de las lenguas orientales. Darío acota: “No sé qué habría dado por hablar chino o japonés.” (Darío, 1950, p.129). Por su lado, Esmery empieza a mimetizarse con lo chino, Henri explica: “Il était chinois jusqu'à la racine des cheveux, il lui était même venu avec les années quelque chose d'oriental.” (Hougron, 1987, p.248).¹¹ En una de sus búsquedas, descubre, cerca de Limoges, en lo de un particular, Lagailac, una colección hermosa; se la muestra el hijo del jefe contable de la compañía de ferrocarriles que tendía las vías en China y que la trajo a Francia. El dueño de casa comenta sobre su padre que admiraba a los chinos, “C'est pour cette raison qu'il avait appris la langue...” (Hougron, 1987, p.202).¹² Esmery, que ya no escuchaba al hablador y estaba distraído mirando un potiche, en ese momento presta atención: “Votre père parlait le chinois?” (Hougron, 1987, p.202).¹³ El hijo contesta que también lo escribía y que continuó a estudiarlo hasta su

⁷ Sí, pero a las veinticinco años escribes un guión que te hace conocer. Te celebran en Francia y en América, el segundo y el tercer guión son dos éxitos, y, esta vez, de nuevo, consideras el resultado con desprecio.

⁸ ¿Qué es esta vetustez? Siempre con tu obsesión y ahora esto sucede a diario.

⁹ ...se enroscaba, se rompía y se disparaba en mil fragmentos hirientes.

muerte. El súbito interés de Esmery hace eco al deseo de Recaredo.

Posee el joven escultor una extraña colección; su taller es “un templo de raras chucherías” (Darío, 1950, p.129) donde se amontonan,

...los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hipnóticos, los mandarinitos enanos con panzas de cucurbitáceas y ojos circunflejos, los monstruos de grandes bocas de batracios, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria con faces foscas. (Darío, 1950, p.129)

No es éste el gusto de Esmery. Cuando un gendarme, que sirvió en Oriente, lo lleva a ver sus tesoros, se espanta en estos términos: “...l’art chinois pouvait être le plus hideux de tous les arts. Aucun ne pouvait le surpasser dans la grimace et la contorsion.” (Hougron, 1987, p.304).¹⁴ Y describe lo que está viendo,

...l’abominable bestiaire atteignait au délire: chiens de Fö aux yeux exorbités, dragons épineux enroulés autour de colonnes torsées, crapauds à bouche molle ravis de leur pustuleuse laideur, il y en avait jusqu’au plafond. (Hougron, 1987, p.304).¹⁵

siente ganas de romper y aplastar esas máscaras de pesadilla, los reptiles tortuosos. Y reflexión: “...comment un art peut-il se livrer à de telles orgies dans l’horrible et produire tout ensemble ces limpides merveilles qui transpercent le coeur?” (Hougron, 1987, p.304).¹⁶ Tampoco gusta de todo eso Suzette que exclama: “¡aborrezco tu casa de brujo, ese horrible taller, arca extraña que te roba a mis caricias!” (Darío, 1950, p.129) Tanto el arca como el bestiario traen el recuerdo de Noé y en él se unen.

Pero Suzette cambia de parecer cuando llega el regalo de boda del amigo querido desde Hong Kong. Recaredo poseía la pasión de la forma y admira ese “fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador” (Darío, 1950, pp.130-131). El escultor se siente orgulloso de poseerla. Su mujercita se ha prendado también, está contenta, su dedo sigue el contorno de los ojos y las cejas.

Esmery, en su largo trajinar entre lo chino, comprando y vendiendo, para así acceder a nuevas piezas, tiene encuentros pasajeros que dejaré de lado, pero en la colección Lagailac se prenda de algunos que atesorará:

Esmery avait reconnu un Gue-Yue-Xuan, une de ces pièces très rares peintes para les grands artistes du Palais impérial au XVIII^e siècle. Celle-ci représentait un oiseau posé sur une branche fleurie. (Hougron, 1987, p.205).¹⁷

El dueño de la colección lo lleva a otro lugar y Esmery “...se détacha à regret. On lui arrachait mille filaments sensibles.” (Hougron, 1987, p.206).¹⁸

Ambos artistas comparten la pasión de sus pertenencias. En el cuento, Darío describe

¹⁰ No expuso sus porcelanas y las ubicó en los estantes de un armario, a veces abría las dos puertas para contemplarlas, esto le sucedía en varios momentos del día y a veces de noche cuando tenía insomnio.

¹¹ Era chino hasta la raíz del pelo, con los años se le había pegado algo de oriental.

¹² ...por esa razón aprendió la lengua...

¹³ ¿Su padre hablaba chino?

minuciosamente el busto cuyos detalles confieren “magia a la porcelana blanca” (Darío, 1950, p.131), magia que enajena a Recaredo, y lo visita, sabemos, hasta veinte veces, que se absorbe en su contemplación, le pone flores en un plato de laca a diario, tiene “verdaderos arrobos”, se conmueve, la emperatriz es para él un ídolo y ésta se convierte en su real pasión. Y para saber más, se ilustraba, “conocía los mejores álbumes”. (Darío, 1950, p.129).

Henri, el amigo y narrador, considera a Esmery aburrido como todo aquel que sólo vive para su pasión. No hablaba más que de cerámicas, y él se pregunta cómo sacarlo de su delirio, atraerlo un poco hacia otros intereses. El coleccionista dedica a diario quince horas a la cerámica, estudiando los manuales, viendo piezas en los museos. Con Charo se entendía en un lenguaje esotérico, que compartían, sobre técnicas y grandes reinos imperiales, esto resulta incomprensible para un profano. Concurría a las ventas, era un *habitué* del hotel de ventas Drouot, recorría las calles de París, los barrios alejados, con el deseo de encontrar la pieza singular. Si Esmery era incapaz de recordar lo diario, poseía una memoria prodigiosa para todo el arte chino. Veía una pieza una sola vez y quedaba en su memoria con todos los detalles: la tonalidad, la sfumatura o la explosión de colores, las irregularidades de la materia. Según él, el arte chino tenía múltiples facetas, estaba representado por tal despliegue de obras, y cada una, en grados diferentes, poseía una parcela de la belleza china. Charo, gracias a su compañero, había descubierto el esplendor de lo chino. Decía Esmery que es un arte nacido en un mundo que requería ser descifrado, y ese arte exigió que se lo descifre pues es el más difícil, el más aristocrático de todos. Recaredo, extasiado por el busto de la emperatriz, se interroga: “¿Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio?” (Darío, 1950, p.131). Por supuesto, lo misterioso requiere ser descifrado, he aquí otro punto de contacto entre Darío y Hougron, cuyos personajes no sólo aprecian el arte sino que se dedican a comprenderlo.

Ante ese arte delicado, Esmery se maravilla, siente, en cada encuentro, el estremecimiento del descubridor. La felicidad, la plenitud lo inundan. Según Henri, ese arte infundió sabiduría a Esmery, supone que producto de la belleza, de la serenidad china. Advierte en su amigo un estado de felicidad, estado que comparte el personaje de Darío, enajenado, maravillado por la magia de esa porcelana.

Todo el saber que ha acumulado Esmery unido a su talento de escritor, los vuelca al

¹⁴ ...el arte chino puede llegar a ser la más horrorosa de todas las artes. Ninguna puede llegar más lejos en la mueca y la contorsión.

¹⁵ el bestiario abominable alcanzaba al delirio; perros Fo de ojos desorbitados, espinosos dragones enroscados en columnas torcidas, sapos de boca abierta encantados por su pustulenta fealdad, tantos había que llegaban hasta el techo.

¹⁶ ...¿cómo un arte puede abarcar tales orgías en lo horrible y producir al mismo tiempo esas límpidas maravillas que flechan el corazón?

¹⁷ Esmery había reconocido un Gue-Yue-Xuan, una de esas piezas muy escasas pintada por los grandes artistas del Palacio imperial en el siglo XVIII. Ésta representaba un pájaro posado sobre una rama en flor.

¹⁸ ...se separó de allí con dificultad. Le arrancaban mil filamentos sensibles.

servicio de su pasión y redacta varios tratados, uno en francés sobre los cobres rojos desde el siglo XVI al XX, y otro en inglés, sobre los esmaltes Ducaï, parientes de la Familia verde. Pero no sólo la cerámica lo motiva, se dedica también a las lacas, las esculturas, los marfiles y al Japón que considera un mundo aparte, todo el Oriente lo atrapa como a Recaredo.

La emperatriz de la China era un “admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador” llevaba “una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones.” (Darío, 1950, p.131). A esa belleza, el dueño decide hacerle “un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafón de su recinto sagrado.” (Darío, 1959, p.131)

Esmery, en una de sus visitas a la ciudad donde vivió con sus padres, entra en lo de un anticuario. Éste le ofrece un jarrón que lo deja indiferente; luego, el vendedor abre un armario y le muestra una estatua: “...elle représentait une femme assise, une main sur son genou. Le visage d’une étonnante beauté, souriait, un peu énigmatique”. (Hougron, 1987, p.285).¹⁹ Esmery la cataloga al instante, escultura Wei, siglo IV, y considera que

...elle n’avait rien d’exceptionnel, sinon l’ineffable beauté de ce visage de jeune femme, une beauté au nez fin et aux yeux retroussés, à peine asiatique, celle d’une très jolie Chinoise de ce temps, mais il y avait le sourire, sa tendre intériorité qui acceptait le monde tel qu’il était fait avec un soupçon d’ironie. (Hougron, 1987, p.285)²⁰

Para considerarla mejor, Esmery la toma, la pone sobre un mueble cerca de la puerta vidriada y se aleja dos pasos, pues considera que se debe tener una vista de conjunto, la obra china está hecha de la relación de sus elementos: de allí nace su equilibrio y algo más, algo inmaterial, que nunca pudo él definir, un soplo, un impulso. Y se pregunta mirándola, “A quoi ou à qui songeait celle-ci, avec son sourire un peu las?” (Hougron, 1987, p.285)²¹

El busto y la estatua tienen puntos en común, el busto encantador es de mujer sonriente, la escultura representa una mujer sentada, cara de belleza asombrosa, sonríe un poco, enigmática. El busto posee una faz enigmática, una sonrisa de esfinge, unos ojos bajos y extraños. La estatua representa una muy linda mujer china del siglo IV, pero la tierna interioridad de la sonrisa con un leve toque de ironía atrapa a Esmery. Y, detalle importante, es la única escultura que pasa entre sus manos, que va a comprar a un alto precio, pero, a último momento, el anticuario, que la iba a vender por necesidad, se arrepiente y le dice: “...mais après votre départ, je n’ai pas pu m’y faire, j’allais la voir tous les cinq minutes. J’étais malade à l’idée que je ne la verrai plus...” (Hougron, 1987, p.291)²² y Esmery se razona: “Tu l’aimais, mais le vieux bonhomme l’aimait plus que toi.” (Hougron, 1987, p.292)²³

Recaredo se empeña en hacer el gabinete, es minúsculo, “con biombos cubiertos de

arrozales y de grullas” Darío, 1950, p.131) donde domina el color amarillo en toda su gama.

En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba riendo la exótica imperial. Alrededor de ella había colocado Recaredo todas sus japerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nipón, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. (Darío, 1957, p.131)

y Darío agrega,

Era cosa de risa, cuando el artista soñador después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente a la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, a hacer zalemas [...]. Tenía, por momentos, verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable e inmóvil majestad.” (Darío, 1950, p.131)

Darío pinta con gracia la actitud ridícula del admirador, mas el contento primero de Suzette se ha desvanecido y ahora pasa al ataque, haciendo desaparecer las flores del plato de laca. Desde el taller surgió el grito: “¿Quién ha quitado las flores?” (Darío, 1950, p. 132), tras una cortina partió un “Yo” vibrante de desafío y relampagaron unos ojos negros. Y a partir de allí, comienza la tristeza y el desgano de la recién casada, ya no lee, no tiene apetito, sus pupilas oscuras están siempre húmedas. Recaredo se interroga “¿Qué tendrá mi mujercita?” (Darío, 1950, p.132) y el narrador le responde, unos párrafos más lejos, “¡Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma” (Darío, 1950, p.132).

En la novela, ese sentimiento hostil de celos aparece en las dos figuras femeninas, Charo los tiene hacia la mujer de Esmery y ésta, que se los devuelve, los quiere hacer nacer también en Esmery, para verlo desdichado. Cuando vivían juntos, en realidad uno al lado del otro pero no en comunidad, ella se ausentaba tardes enteras, y contestaba en modo ambiguo a sus preguntas. Llega el momento en que a él no le hacen mella esos manejos:

En allant déposer sa valise, Esmery jeta un coup d’oeil au passage à la chambre d’Elisa. Le lit n’avait pas été défait. Elle n’avait pas passé la nuit ici. Il y a quelques années, avant de connaître Charo, il en aurait conçu de la jalousie.²⁴ (Hougron, 1987, p.267)

Y en su opinión, Elisa es fútil, con visos de pluma al viento, y hasta la considera algo tonta también. Pero ciertos días, cuando ella se encoleriza, grita que lo arruinará, que lo

¹⁹ Representaba una mujer sentada, una mano sobre la rodilla. La cara, de una belleza asombrosa, sonreía, algo enigmática.

²⁰ ...no tenía nada de excepcional, sólo la inefable belleza de esa cara de mujer joven, una belleza de nariz fina y ojos inclinados, a penas asiática, la de una hermosa china de su época, pero estaba la sonrisa, de tierna interioridad, que aceptaba el mundo como era con un dejo de ironía.

²¹ ¿En qué o en quien pensaba ésta con su sonrisa un poco lánguida?

²² ...después de su partida, no podía acostumbrarme, iba a verla cada cinco minutos. Me sentía enfermo de sólo pensar que no la vería más...

²³ Te gustaba, pero el viejecito la amaba aún más que tú.

reducirá a la nada, entonces no se controla y tiene delirios de venganza. Porque los celos van llevando, con el tiempo, hacia la venganza.

Cuando Recaredo percibe que Suzette los sufre por sentirse engañada, que él la ha dejado por otra, se sorprende y pasa revista a todas las mujeres que han entrado en su taller: ¿sería la rubia Eulogia a quien dirigió madrigales en un tiempo lejano, o la ricachona Gabriela de quien había hecho el busto, o aquella Luisa, la danzarina, o la viudita Andrea? Ninguna de ellas era... ¿Quién, pues? Entonces, Suzette le pide que la deje vengarse de su rival y le dice: “Ella o yo: escoge. Si es cierto que me adoras ¿Querrás permitirme que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?” (Darío, 1050, p. 133)

Él acepta, “Sea” le dice y la ve alejarse. De pronto oye un gran estruendo que viene del taller. Se acerca para ver que “el busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los pequeños zapatos de Suzette.” (Darío, 1950, p.133)

Y ella proclamó entre carcajadas al marido asustado: “¡Estoy vengada! ¡Ha muerto ya para ti la emperatriz de la China!” (Darío, 1950, p.133). Sobreviene entonces la reconciliación y el cuento allí termina.

Veamos la novela, de qué modo juega en ella la venganza. En realidad, las venganzas, pues son dos. La de Elisa se concreta al llegar ella a París, entrar en el negocio que tan bonitamente ha puesto Charo y declarar que le hace juicio a su marido por vivir en concubinato, que se convierte en socia pues ella es la mujer legítima y que Charo quedará en calidad de empleada a sueldo. Elisa hizo todo lo que pudo para arruinarles la vida. Quiso vengarse y tenía todos los medios para hacerlo. Pero gracias a la decisión de Charo que se sobrepuso a esa situación, y descubrió que Elisa no era una santa, pudieron ellos rehacer su vida.

Pero la venganza terrible, irremediable, es la de Ferral. Cuando Esmery los sigue hasta esa casa donde bajan una estatua, él cree que no lo han visto. Unos días más tarde, al volver ellos dos al departamento, encuentran la puerta forzada:

A l'intérieur on avait tout fracassé, la collection Lagaillac, les coupes, les aiguères, les vases qu'Esmery avait sélectionnés, amoureuxment choisis et auxquels il était si attaché qu'il n'avait jamais voulu que Charo les présente dans ses vitrines. Elles reposaient maintenant sur le sol en une épaisse litière de tessons qui crépitaient sous leurs pas. [...] Charo pleurait, Esmery marchait, penché sur les fragments crépitants. Il en prenait un, l'identifiait, le rejetait. [...] Je ne vois pas la petite coupe sur piedouche de Lagaillac ni le bol bleu-blanc Yongle que j'ai acheté à B. [...] Un seul fragment gros comme l'ongle lui aurait suffi. Il avait contemplé des milliers de fois la coupe minuscule et le bol Yashou-bei; et la petite étagère arrachée du mur, qui était maintenant au pied de la fenêtre, disloquée, il l'avait spécialement achetée afin que ces deux pièces reçoivent toute la lumière du jour.”

²⁴ Al ir a dejar su valija, Esmery echa un vistazo al cuarto de Elisa. La cama no está deshecha. No había pasado la noche allí. Hace algunos años, antes de conocer a Charo, hubiese sentido celos.

Hougron, 1987, p.310)²⁵

Los añicos crujen bajo los zapatitos de Suzette, en el departamento forman una espesa capa que crepita bajo sus pasos, y el gabinete de Recaredo se asocia a la “petite étagère” que compró Esmery, sobre la cual había colocado sus dos más queridos objetos para que la luz los hiciese lucir el mayor tiempo posible.

Resumo los puntos en común: algunos rasgos de los personajes, la afición de dos artistas por los objetos orientales que coleccionan, la preocupación por lo bello y su contemplación, el tema de los celos y la venganza que estos acarrearán, la destrucción de la belleza como consecuencia de la venganza.

El cuento, sólo siete páginas, encierra descripciones de lugares y personas, situaciones psicológicas, referencias de época, el siglo XIX, con el gusto por lo chino y el atuendo de Recaredo “su fez rojo de labor” (Darío, 1950, p.130), como aparecen algunos escritores retratados en los manuales de literatura. En su estudio, María Teresa comenta la composición del cuento, y lo aprecia engalanado de finura y sutil ironía.

La novela de trescientas veintinueve páginas, está articulada en cuatro partes y el autor los marca así: Charo aparece en la primera; en la segunda hace su entrada física Ferral; ya empezada la tercera, es el diálogo entre él y Esmery y en la última se suceden con rapidez: el remate que es en realidad un duelo, la destrucción de las piezas preferidas, la muerte de Ferral. Henri piensa que con esa muerte ha frustrado a Esmery en su venganza, pero al mismo tiempo lo ha salvado, pues por vengarse hay que pagar luego un alto precio. La trama se cierra cuando Esmery se deshace de su mujer que quiere arruinarlo psicológicamente.

Henri lo ha liberado de Ferral, Charo lo libera de Elisa y, a pesar de tantas vicisitudes, la novela termina bien, Esmery y Charo, algo empobrecidos pero felices, proseguirán en la contemplación de la belleza china.

El estudio de María Teresa, luego de una breve introducción, analiza lo que para ella constituye el tema central del cuento y de la poesía:

La rotura de un objeto artístico de porcelana china, ocurre, en el poema de Anatole France, por descuido; en el cuento se produce, en cambio, intencionalmente. (Maiorana, 2005, p.91)

Esa intencionalidad, evidentes en el cuento y en la novela, está encerrada en la venganza. Mas las dos venganzas son de grado diferente: en la primera, la ejecuta una enamorada que se considera olvidada por su esposo, la de la novela reviste cierta ferocidad, la han perpetrado personajes siniestros con pasado y presente de crónica policial.

Dato curioso, ya señalado para el cuento, la emperatriz muere en el anteúltimo párra-

Adentro habían roto todo, la colección Lagaillac, las copas, los aguamaniles, los jarrones que Esmery había seleccionado, elegido amorosamente y que quería tanto, que nunca le permitió a Charo exponer en sus vitrinas. Sobre el piso, formaban una gruesa capa de pedazos que crepitan bajo sus pasos. [...] Charo lloraba. Esmery caminaba, inclinado sobre los fragmentos crepitantes. Tomaba uno, lo identificaba, lo tiraba. [...] No veo la copita con pie de Lagaillac ni el bol azul-blanco Yongle que compré en

fo, y en la novela, un hecho semejante sucede en el acto anteúltimo de los cuales es víctima Esmery, pues el destrozo de todos los tesoros precede al ataque psicológico de Elisa.

Sin pruebas reales de que Hougron haya leído cuentos de Rubén Darío, no dejan de llamar la atención las concordancias halladas.

Durante su estada en París como cónsul de Nicaragua (1903-1909), el poeta publicó varios libros en la editorial Garnier; la de Félix Alcan editó, en 1918, *Pages choisies* con selección y prólogo de Ventura García Calderón. Traductores de esa edición fueron, Marius André, Georges-Jean Aubry, Alfred de Bengoechea, Jean Cassou, Max Daireaux, entre otros.

Otra singularidad, ésta al comparar las dos lenguas, la riqueza del francés para el mundo del arte oriental. Cinco sustantivos, *chine*, masculino que se aplica a un papel de ese origen o a un objeto, *chine*, femenino, la venta de los objetos, *chineur/euse*, los que se dedican a la venta, *Chinois/e*, originario del país, *chinoiserie*, todo lo que en arte produce el país; un verbo, *chiner*, ir en busca de los objetos; un adjetivo, *chinois*, se aplica, por ejemplo, al arte. En español, sólo tres sustantivos, **chino/a**, natural del país; **china**, f., papel y porcelana y **chiner**, armario donde se guardan los objetos de ese país; dos adjetivos, **chino** y **chinesco**, lo propio de China. Darío emplea “chinería” pero no lo acusa el diccionario de la RAE.

Referencias Bibliográficas

Darío, Rubén. *Cuentos completos*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1950.

Hougron, Jean. *Beauté chinoise*. Paris, Hachette, 1987.

B. [...] Un solo fragmento del tamaño de una uña le hubiera bastado. Había contemplado miles de veces la copa minúscula y el bol Yashou-bei; y la repisita arrancada de la pared, arrojada ahora al pie de la ventana, deshecha, la había comprado especialmente para que esas dos piezas recibieran toda la luz del día.

Maiorana, María Teresa. *Estudios, reflexiones, miradas de una comparatista*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2005.